

# Catecismo animal

Somos duros fragmentos arrancados del reverso del cielo,  
trozos como cascotes insolubles  
vuelos hacia este muro donde se inscribe el vuelo de la realidad,  
la mordedura blanca del destierro hasta el escalofrío.  
Suspendidos en medio del derrumbe por obra del error,  
enfrentamos de pie las inclemencias, la miserable condición del rehén,  
expuestos del costado que se desgasta al roce de la arena y al golpe del azar,  
bajo el precario sol que quizás hoy se apague, que no salga mañana.  
No tenemos ni marca de predestinación ni vestigios de las primeras luces;  
ni siquiera sabemos qué soplo nos expulsa y nos aspira.  
Apenas si el sabor de la sed, si la manera de traspasar la niebla,  
si esta vertiginosa sustancia en busca de salida,  
hablan de alguna parte donde las mutiladas visiones se completan,  
donde se cumple Dios.  
Ah descubrir la imagen oculta e impensable del reflejo,  
la palabra secreta, el bien perdido,  
la otra mitad que siempre fue una nube inalcanzable desde la soledad  
y es toda la belleza que nos ciñe en su trama y nos rehace,  
una mirada eterna como un lago para sumergir el amor en su versión insomne,  
en su asombro dorado.  
Pero no hay quien divise el centelleo de una sola fisura para poder pasar.  
Nunca con esta vida que no alcanza para ir y volver,  
que reduce las horas y oscila contra el viento,  
que se retrae y vibra como llama aterida cuando asoma la muerte.  
Nunca con este cuerpo donde siempre tropieza el universo.  
Él quedará incrustado en este muro.  
Él será más opaco que un pedrusco roído por la lluvia hasta el juicio final.  
¿Y servirá este cuerpo más allá para sobrevivir,  
el inepto monarca, el destronado, el frágil desertor obligatorio,  
rescatado otra vez desde su nadie, desde las entrañas de un escorial de brumas.  
¿O será simplemente como escombros que se arroja y se olvida?  
No, este cuerpo no puede ser tan sólo para entrar y salir.  
Yo reclamo los ojos que guardaron el Etna bajo las ascuas de otros ojos;  
pido por esta piel con la que caigo al fondo de cada precipicio;  
abogo por las manos que buscaron, por los pies que perdieron;  
apelo hasta por el luto de mi sangre y el hielo de mis huesos.

Aunque no haya descanso, ni permanencia, ni sabiduría,  
 defiende mi lugar:  
 esta humilde morada donde el alma insondable se repliega,  
 donde inmola sus sombras  
 y se va.

## En el laberinto

Más de veinte mil días avanzando, siempre penosamente,  
 siempre a contracorriente,  
 por esta enmarañada fundación donde giran los vientos  
 y se cruzan en todas direcciones paisajes y paredes tapiándome la puerta.  
 No sé si al continuar no retrocedo  
 o si al hallar un paso no confundo por una bocanada de niebla mi camino.  
 Tal vez volver atrás sea como perder dos veces la partida,  
 a menos que prefiera demorarme castigando las culpas  
 o aprendiendo a ceñir de una vez para siempre los nudos de la duda y el adiós,  
 pero no está en mi ley el escarmiento, la trampa en el reverso del tapiz,  
 y tampoco podré nacer de nuevo como la flor cerrada.  
 Habrá que proseguir desenrollando el mundo, deshaciendo el ovillo,  
 para entregar los restos a la tejedora,  
 comoquiera que sea, en el extremo o en el centro, a la salida.  
 He visto varias veces pasar su sombra por algunos ojos,  
 cubrirlos hasta el fondo;  
 varias veces graznaron a mi lado sus cuervos.  
 Perdí de vista fieles paraísos y amores insolubles como las catedrales.  
 Encontré quienes fueron mis propios laberintos dentro del laberinto,  
 así como presumo que comienza uno más donde se cree que éste se termina.  
 Extravié junto a nidos de serpientes mi confuso camino  
 y me obligó a desviarme más de un brillo de tigres en la noche entreabierta.  
 Siempre hay sendas que vuelan y me arrojan en un despeñadero  
 y otras me decapitan vertiginosamente bajo las últimas fronteras.  
 Recuento mis pedazos, recojo mis exiguas pertenencias y sigo,  
 no sé si dando vueltas,  
 si girando en redondo alrededor de la misma prisión,  
 del mismo asilo, de la misma emboscada, por muchísimo tiempo,  
 siempre con una soga tensa contra el cuello o contra los tobillos.  
 A ras del suelo no se distingue adónde van las aguas ni la intención del muro.  
 Sólo veo fragmentos de meandros que transcurren como una intriga en piedra,  
 etapas que parecen las circunvoluciones de una esfinge de arena,  
 corredores tortuosos al acecho de la menor incertidumbre,  
 trozos desparramados de otro mundo que se rompió en pedazos.

Pero desde lo alto, si alguien mira,  
 si alguien juzga la obra desde el séptimo día,  
 ha de ver la espesura como el plano de una disciplinada fortaleza,  
 un inmenso acertijo donde la geometría dispone transgresiones y franquicias,  
 un jardín prodigioso con proverbios para malos y buenos,  
 un mandala que al final se descifra.  
 Ignoro aquí quién soy.  
 Tal vez alguien lo sepa, tal vez tenga un cartel adherido a la espalda.  
 Sospecho que soy monstruo y laberinto.

## Al pájaro se lo interroga con su canto

Hay en algunos ojos esas borras de añil que dejan los crepúsculos al evaporarse  
 —un ala que perdura, una sombra de ausencia—.  
 Son ojos hechos para distinguir hasta el último rastro de la melancolía,  
 para ver en la lluvia el inventario de los bienes perdidos,  
 así como hace falta un invierno interior  
 «para observar la escarcha y los enebros erizados de hielo»,  
 dijo Wallace Stevens congelando el oído y la pupila,  
 convertido tal vez en el hombre de nieve que contempla la nada con la nada  
 y que oye sólo el viento,  
 sin ningún evangelio que no sea ese sonido único del viento  
 (aunque tal vez hablara de la más extremada desnudez;  
 no de la transparencia).  
 Pero yo sé que cada tiniebla se indaga solamente con la noche que llevo,  
 que la piedra se entreabre ante la piedra  
 de la misma manera que se tantea el corazón con el abismo.  
 ¿Hay alguna otra forma de asomarse hasta el fondo del subsuelo,  
 el fondo de otra herida, el fondo de otro infierno?  
 No hay ninguna otra lámpara para reconocer lo próximo, lo ajeno, lo distante.  
 Lo atestigua la esquiva intención de la rata chillando entre los vidrios,  
 resbalando en la rampa de una impensable luz;  
 lo proclama la estrella con su remoto código adherido a un temblor,  
 tal vez a una agonía que ya fue;  
 lo confirma ese yo que camina contigo y es memoria dondequiera que olvides,  
 y ese otro, inabarcable, centelleante,  
 que le sale al encuentro bajo el agua de las transformaciones,  
 y a veces ni es persona, ni color, ni perfume, ni huella de este mundo.  
 Ambos están tejidos con la sustancia misma del silencio.  
 Se parecen a Dios en su versión de huésped reversible:  
 el alma que te habita es también la mirada del cielo que te incluye.



## La Sibila de Cumas

En la boca,  
 debí poner el montón de arena dentro de la boca  
 y silenciarla para siempre, sellarla con asfixia y aridez,  
 en lugar de guardarlo adentro de mi mano como un precio de oprobio:  
 el de una mercenaria y vergonzosa transacción.  
 El estaba a mi lado, centelleante, como la rama dorada en medio de la encina,  
 ¿acaso no era el sol?  
 Ambos nos contemplamos, agitados, después de la carrera por la playa,  
 tan jóvenes y bellos, ambos tan codiciosos,  
 ávidos como el fósforo y el mar, veloces como el vértigo.  
 Yo miraba más lejos, más allá del instante.  
 Vi pasar por sus ojos el pleno mediodía del deseo,  
 extenderse en penumbras, caer bajo la tarde del hartazgo.  
 El veía en los míos, replegada quizás entre cenizas, la red de mi artimaña.  
 Le pedí tantos años como granos de arena recogí en el maldito, desmedido puñado,  
 a cambio del amor, del imposible amor,  
 que desde mi costado ya era la fuga o el aniquilamiento o el veneno.  
 Apolo concedió; se sonreía como saben hacerlo los dioses cuando saben,  
 cuando Averno y Olimpo son testigos de la derrota humana.  
 Yo me había olvidado de reclamar también la juventud,  
 la corona del tiempo, el esplendor del alba en el espejo, la cresta de la ola.  
 No, no ardí entre sus brazos tocada por el rayo de la eternidad y el del espanto.  
 Mi error me dispensó de regatear el pago:  
 fue un derrumbe insensato que sepultó entre escombros mi triunfo y mi falacia.  
 A él lo eximió de urgencias y de ardores:  
 acalló su reclamo el negro polvo de siglos de venganza.  
 Yo miraba más lejos; me veía avanzar por el camino interminable.  
 Y el resto siguió igual. No hubo un grito en el cielo,  
 ni los bosques cambiaron de color ni se detuvo el vuelo de los pájaros.  
 Ni siquiera la piedra oyó mi súplica, aunque la disolvió mi llanto.  
 Ahora soy apenas una borra de sangre,  
 un harapo estrujado, un mísero pellejo que alcanza solamente para insecto,  
 y zumbo mi profecía en esta jaula como un ave agorera roída por la plaga.  
 Pero esta misma boca que habló por las cien bocas de la gruta con la voz del oráculo  
 adelantó capítulos enteros de la Historia,  
 anunció la matanza, el rapto y el incendio que arrasaron a Troya,  
 predijo el esplendor y la caída de Roma, la pomposa, la recién llegada.  
 Estos ojos sin lágrimas, que únicamente ven hacia adelante,  
 contemplaron nacer y morir las dinastías, el Fénix, las montañas,  
 y hasta vieron un día hundirse en el ocaso la caravana de los dioses griegos.  
 Estos pies que son tierra bajaron varias veces al infierno.  
 Ha llegado la hora de filtrar mi desdicha en un puñado de mortales arenas.

Ahora sólo hay muro, un larguísimo muro bajo ráfagas grises.  
 Ya no hay sol, ni pasado, ni porvenir siquiera.  
 Vamos entonces: ¡hiere!

## Ceremonia nocturna

En el fondo de ti hay siempre alguien que con la noche gime,  
 alguien que llora igual que una criatura olvidada en un bosque o en un desván en  
 llamas,  
 alguien que humilde, tierna, desgarradoramente,  
 se remite al dios pájaro, a la diosa volanta, a su madre la todopoderosa,  
 o trata de tomarse de tu mano, su propia mano en el impredecible porvenir.  
 Pero es lejos; no alcanza; no acierta con el sitio del destino.  
 Tendría que ser topo hurgando en los depósitos atestados del tiempo;  
 tendría que tener su talismán de hueso de pescado para poder pasar.  
 Alguien llora en la noche fatalmente,  
 como sale a tu encuentro ese perfume a hierbas que exhalaba el suspiro del ropero  
 o como chilla en sueños el último peldaño de la vieja escalera.  
 Tú no alcanzas a ver, ¿a través de qué nubes,  
 si hasta la misma espuma se hizo piedra y todas las arboledas se volaron?  
 Tal vez la miró el buho,  
 quizás haya escondido algún tesoro y no recuerda dónde,  
 acaso esté rodando desde lo alto del tejado sobre los vidrios rotos,  
 y no encontró remedio ni consuelo que restañara su lastimadura.  
 En la noche y a solas,  
 cuando hasta los cobardes amedrentan las fieras  
 y los que no salieron nunca de su casa fundan ciudades con la espada,  
 tú te atrincheras en tus intemperies,  
 piensas que ningún rostro es duradero, que la vida es una sábana exigua  
 y que todo fantasma es un reclamo contra la ocultadora realidad.  
 Entonces ella gime desde el fondo de ti;  
 llora puntual, sumisa, desamparadamente.  
 Aunque alzara una antorcha no la podrías ver, sepultada debajo de los años.  
 Es difícil mirar hasta tan lejos a través de otras lágrimas.  
 ¿Y si fueses, tan lejos, la culpable?

## Punto de referencia

He acumulado días y noches con amor, con paciencia  
 —ah, con ira también, un resplandor de tigres en la oscura desdicha—;  
 los he petrificado alrededor del sitio donde habito,  
 que no es más que una pálida espesura en medio de la enrarecida vastedad,

una exigua sustancia expuesta a los pillajes y a la furia desatada del tiempo.  
 He juntado vestigios, testimonios que acreditan quién soy,  
 credenciales irrefutables como un juego de espejos en torno de un fulgor,  
 certezas como cifras esculpidas en humo.  
 Puedo afirmar que no hay bajo este cielo nada que no perdure por mis ojos  
 y que un ínfimo insecto conserva su lugar de honor en mi muestrario.  
 No soy menos que un topo; algo más que una hierba.  
 Sin embargo no encuentro mi verdadera forma ni aún a plena luz,  
 por más que me recuento, me recorra y persiga por fuera y por debajo de la piel.  
 Siempre hay alguien en mí que dice que no estoy cuando me asomo,  
 alguien que se desliza paso a paso a medida que avanzo  
 hasta dejarme a ciegas, asida solamente a un nombre, a la ignorancia.  
 Porque hay prolongaciones inasibles que llegan más allá,  
 zonas inalcanzables donde tal vez se impriman las pisadas de Dios,  
 subsuelos transparentes que se internan a veces en los jardines de otro mundo  
 y al regresar expanden un perfume semejante al del alba.  
 ¿Y esos bloques errantes, continentes en fuga como ballenas blancas  
 que rozan las fronteras propagando el pavor y no regresan nunca?  
 ¿Y qué fronteras rozan, si he forzado hasta el máximo la vista y el insomnio  
 y donde me aventuro no hago pie, me pierdo en los abismos?  
 ¿No he arrojado preguntas como piedras y amores como escombros  
 que están cayendo aún, que no han tocado fondo todavía?  
 Inmenso mi animal desconocido, mi armazón insondable, mi esfinge nebulosa.  
 Y ningún emisario, ningún eco, que no sea este cuerpo inacabado.  
 Toda una confabulación de lo invisible para indicar apenas que no soy de este mundo,  
 sino tan sólo un testimonio adverso contra la proclamada realidad,  
 una marca de exilio adherida a las grandes cerrazones donde comienza el alma,  
 acaso con un himno, quizás con un sollozo.

Pero dime, Señor:  
 ¿mi cara te dibuja?

## El resto era silencio

Yo esperaba el dictado del silencio;  
 acechaba en las sombras el vuelo sorprendente del azar, una chispa del sol,  
 así como quien consulta las arenas en el desierto blanco.  
 El no me respondía, tercamente abismado en su opaca distancia,  
 su desmesura helada.  
 Calculaba tal vez si hacer hablar al polvo que fue columna y fue fulgor dorado  
 no era erigir dos veces el poder de la muerte,  
 o si nombrar enigmas al acecho y visiones que llevan a otros cielos  
 no era fundar dos veces lo improbable, como en la vida misma.  
 Quizás siguiera el juego de unos dados que no terminan nunca de caer,

que giran como mundos extraviados en el vacío inmenso.  
Yo aventuraba voces de llamada en la bruma,  
sílabas que volvían tal como la paloma del diluvio volvió por primera vez al Arca,  
balbuceos deshabitados hasta nadie, hasta salir de mí.  
El crecía entre tanto a costa mía y a expensas de la Historia,  
amordazando al tiempo, devorando migaja por migaja la creación.  
Era todos los nombres y era el tigre,  
el color del crepúsculo, los mares, el templo de Segesta, las tormentas.  
Denso como la noche, contra la noche muda me acosaba.  
Y ya no había más. Eramos él y yo.  
¿No fue entonces extraño que de pronto lo viera casi como al Escriba,  
remoto, ensimismado, frente al papel desnudo,  
con los ojos abiertos hacia su propio fuego sofocado  
y la oreja tendida hácia el sermón del viento y el salmo de la nieve?  
Había una sentencia en su página blanca,  
un áspero dictado caído de lo alto hasta su mano:  
«Y haz que sólo el silencio sea su palabra».

**Olga Orozco**